

dams, hijos de su indiferencia hacia la política federalista, los doce primeros años de nuestro Gobierno constitucional, fueron notables por todos conceptos, y de ellos debe conservar un grato recuerdo el país. En aquel periodo contaba este con verdaderos gigantes; por muy digno y elevado que fuese el carácter de Washington, y por mas que aparezca como una gran figura entre los mas ilustres personajes de la historia, habia á su alrededor otros hombres verdaderamente notables; hombres de esos que solo nacen en las revoluciones, que en tiempos de paz y prosperidad permanecen aislados y oscuros, presentándose solo, cuando arrece la tormenta política, con ese ardor y patriotismo que arrostra todos los peligros con noble desinterés. Tales eran los grandes representantes del partido federal, aquellos cuyos nombres son verdaderos monumentos de gloria dignos de imitacion; si borrais esos nombres del libro de nuestros recuerdos, ¿qué nos quedaria entonces?

»El carácter del Gobierno estaba en armo-

nia con el de los hombres que se pusieron al frente de él; ellos consideraban los cargos públicos, no como una recompensa, sino como un depósito que les entregaba la nacion porque tenia confianza en ellos; habian inculcado las máximas de respeto á las leyes; su política extranjera se distinguió siempre por su constante deseo de favorecer los intereses del país, y firmes, prudentes y honrados, ni provocaron el resentimiento de otras naciones, ni temieron nunca nada de ellas. Sin mas objeto que conseguir el bienestar público, no les importaba perder su popularidad con tal de alcanzar el objeto, mas á pesar de todo, perdieron el poder, porque la confianza del pueblo se conserva mas tiempo cuando se le ataca con lealtad, que cuando se le mina sordamente, y la prueba es que á esto se debe que el Gobierno pasara á manos de los enemigos de los federales, dando lugar á que una nueva familia, tomara á su cargo el manejo de los negocios públicos (\*).»

(\*) *Administraciones de Washington y Adams*, por Gibbs, vol. II, págs. 513-14.

## APÉNDICE AL CAPÍTULO XIII.

### JUAN ADAMS Y LA CAIDA DEL FEDERALISMO.

En nuestro concepto no es posible recordemos la administracion de Washington sin desaprobar altamente la violenta é injusta oposicion que se le hizo. Debemos tener en cuenta que aquel Gobierno fué un ensayo; que organizarlo era tan esencial como instituir la Constitucion misma, pues todo aparecia sumido en el caos; que no existia precedente alguno en lo pasado para regularizar convenientemente la marcha de aquella inmensa máquina; que *cualquier* Gobierno era siempre mejor que la anarquía y confusion que hubiera resultado con otro orden de cosas; que hubo conflictos dificultades y obstáculos muy difíciles de vencer; que la mayor parte de las medidas adoptadas, se justificaban suficientemente, ya que no fueran del todo necesarias; y por último, que siempre se consultó y deliberó con la mayor detencion, oyendo el parecer de hombres cuya sabiduría, desinterés y patriotismo no podian ponerse en duda. Cuando consideramos todas estas cosas, nos causa asombro el encono y violencia con que se combatieron por hombres ambiciosos y mezquinos, y bajo fútiles é injustificables pretextos, cuantas medidas proponia el Gobierno. Este, sin embargo, triunfó de la oposicion, y al pensar en los obstáculos que tuvo que vencer, parecemos que el jefe del Estado adquirió mas gloria como hombre político que como guerrero. A no dudarlo, Washington, el hombre de Estado, se elevó á mas altura que Washington el general.

Hasta este dia, los federalistas habian conseguido que se aprobaran sus mas importantes medidas y proyectos, y asi es que la política financiera, las cuestiones internacionales, el tratado Británico, la neutralidad, la eleccion de Mr. Adams, y todas cuantas disposiciones se tomaron luego, parecian encaminadas á consolidar la política del Gobierno, de tal modo, que los republicanos empezaban á desanimarse. Y es de suponer que Jefferson no auguraba nada bueno del porvenir, cuando le decia á Madison en 1.º de enero de 1797 lo que sigue: «Acaso seria mejor para el bienestar público ponernos en inteligencia con Adams respecto á las futuras elecciones, pues él es la mas segura barrera que se opondría á la entrada de Mr. Hamilton.»

En nuestro concepto los grandes talentos se hallaban entre los federalistas: Washington, Hamilton, Marshall, Henry, Ames, los Lees, los Adams, Otis, Pickering, Livingston, los Pinckneys y Lutero Martin, son los que desde luego figuraron en la brillante galeria de los hombres notables que estuvieron al frente de las primeras administraciones.

La insolencia de Francia, su proceder con nuestros ministros, y sus depredaciones contra nuestro comercio, dieron lugar á que el Gobierno adoptara medidas á fin de tomar satisfaccion de las injurias que se le inferian, y defender nuestros derechos; y esto bastó para que adquiriera mas popularidad el poder ejecutivo y se desanimara la oposicion.

No cabe duda que el partido que estaba en el poder hubiera podido conservar la supremacia, á menos por un año, si no hubiesen mediado causas especiales; pero debe tenerse en cuenta que no se observó la política que convenia. La eleccion de Mr. Adams para Presidente, no pudo ser seguramente mas desacertada; cierto es que habia prestado eminentes servicios á los cuales debia estarle agradecido el país, que pertenecia á una familia influyente y á un partido que contribuyó á la gloria de la revolucion, presentándose como la mas poderosa barrera contra el despotismo, pero su carácter tenia algunos graves defectos, por mas que fuese un hombre de reputacion intachable, de reconocido valor y energia, de talento profundo y gran actividad. A ninguno se le ocultaba su honradez y sus sentimientos generosos; habia sido uno de los primeros campeones de la libertad y el mas firme partidario de la declaracion de la independencia; su celo, su elocuencia y su firmeza en el Congreso, infundieron esperanzas á los patriotas en las atribuladas horas de la lucha, y él, en fin, contribuyó siempre á la adopcion de aquellas medidas que aseguraron la victoria de nuestras armas. A no dudarlo su vida fué una especie de representacion de nuestra historia política.

Adams era osado, pero su osadia rayaba en temeridad; era franco, mas su franqueza degeneraba en indiscrecion; su excesiva confianza dió lugar á que se adivinara todos sus designios, y sus recelos, en fin, le alejaron de aquellas



personas de quienes mejor podía flarse. Tenía sobrada instrucción, pero también muchas extravagancias, y aunque hombre de buen juicio, habíase formado tan alta idea de su sabiduría, que siempre se creyó casi infalible. Su vanidad desmedida, convirtiéndole en un hombre irritable y quisquilloso, fué la puerta por la cual penetraron los hombres hipócritas que abusaron de su confianza; creíase igual á Washington y se quejaba de no haber obtenido tantos votos como él, y por último, si bien es cierto que en el fondo era un hombre generoso y de buen corazón, no lo es menos que sus maneras, tan poco insinuantes como conciliadoras, hacían suponer una cosa muy distinta.

En ciertas cosas, Adams era verdaderamente maniático, y esto lo prueban sus injustos recelos hacia Hamilton, á quien profesaba una aversión profunda, considerándole como su ángel malo. Hamilton era para Adams una especie de pesadilla que le tenía en continuo sobresalto, y que hasta turbaba su tranquilidad, acibarando sus alegrías. En todo cuanto le irritaba, Adams veía la mano de Hamilton; si se publicaba contra él algún artículo, si se corrían noticias falsas en los círculos políticos, achacábalo el Presidente al espíritu diabólico de Hamilton, y por esto le acusaba en todas partes y en todas ocasiones, sin consideración alguna, y con tan poco decoro como razón. El público acabó al fin por no hacer caso de aquellas acusaciones, pero Hamilton resentido, escribió al Presidente pidiéndole una explicación, y como aquel no le contestase, Hamilton le dirigió una segunda carta llamándole claramente embustero y calumniador.

Desgraciadamente, Adams era muy obstinado y carecía en cierto modo de resolución. El país deseaba la guerra, mientras que Francia, que nunca hubiera cometido la locura de empeñarse en ella, porque no estaba en disposición de hacerlo, ni era tal su ánimo, prefería la paz; y sin tener en cuenta esta circunstancia, el Presidente, dejándose llevar por una de sus acostumbradas extravagancias, y sin consultar con su gabinete ni tomar acta de las injurias que nos infería el Directorio, resolvió enviar embajadores á Francia para solicitar una paz que aquel mismo hubiera pedido seguramente. Cuando Washington tuvo conocimiento de esto, asegúrase que lo llevó muy á mal, y Hamilton por su parte protestó contra la medida, sin contar con que la opinión pública reveló un disgusto general, pues dar semejante paso, era una cosa verdaderamente humillante. No sabemos si el hecho de haber conferido Washington un elevado cargo á Mr. Hamilton en el ejército, cosa que disgustó en extremo al Presidente Adams, influiría para que éste enviara aquella desgraciada misión á Francia; pero es lo cierto, que si se hubieran hecho las cosas de otro modo, obligando á dicha nación á que admitiese las condiciones que se le impusieran antes de celebrar la paz, habría aumentado la popularidad del Gobierno federal lo suficiente para no tener que temer nada del partido republicano, al menos por algunos años.

La ley de sediciones y la de extranjeros contribuyeron

también á la impopularidad y caída del Gobierno, pero es probable que si se hubiese declarado la guerra no se habría fijado tanto la atención pública en aquellas ni en otras cuestiones de importancia secundaria. Mas no se hizo así, y de este modo los republicanos hallaron un medio para ejercer su influencia en el país, y tomarlo por arma las citadas leyes, que envolvían diversos principios, atacaron rudamente al Gobierno, que no pudo resistir el ímpetu de la oposición.

La opinión pública convino generalmente en que las leyes de sediciones y de extranjeros eran inconstitucionales, mas aun cuando así fuese, no faltó en aquella época, ni falta tampoco aun hoy día, quien las apoyara, pues se tuvo en cuenta que se habían aprobado en días en que predominaba la mas violenta escitación, porque treinta mil emisarios extranjeros, segun de público se dijo, conspiraban contra el Gobierno, en tanto que la libertad de la prensa había degenerado en escandalosa licencia. Sin embargo, lo de que el Presidente, solo por una sospecha pudiera desterrar una persona cualquiera, mientras el Gobierno general protegía con sus leyes á todos los funcionarios públicos sin distinción de clases, no nos parece justo ni equitativo. ¿Qué seguridades tenía el Gobierno de la rectitud y buena conducta de sus funcionarios para protegerlos por una ley especial? Por lo que hace á la prensa, no negaremos que difamar á un hombre público ó á un particular, es injusto y no hay autorización para hacerlo, pero es preciso convenir que si los periódicos se toman la libertad de mentir ó exagerar los hechos, suelen también decir la verdad, y por esto nos parece fué inoportuno hacer una ley solo para castigarlos, cuando había tribunales para entender en los casos de injuria.

Además de las causas ya citadas, pronto vinieron otras á complicar la situación: Washington dejó de existir, y con su muerte estinguióse el brillante faro que era el norte y guía de la nación americana, pues aun desde su retiro, parecía comunicarse su influencia al Gobierno. Washington, despues de haberse presentado por última vez para defender los derechos de su patria con las armas en la mano bajó á la tumba; solo quedaba Hamilton para sustituirle, y él fué quien en 1799, reunió las dispersas huestes de su partido, consiguiendo obtener una vez mas la victoria en las elecciones; pero ya no podía considerarse sino como un extranjero, y por lo tanto no quiso emplear en lo futuro su influencia sino para combatir al Presidente. La locura que cometió Adams al separar dos miembros de su Gabinete en circunstancias en que estaban irritados los ánimos, aceleró su caída, y como si esto no bastase, vino luego el folleto de Hamilton á completar la obra. De este modo se aumentaron las disensiones entre los federalistas, y Jefferson y Burr ganaron la elección.

Hamilton pues se retiró á la vida privada en tanto que su rival subía al poder; despues de tantas vicisitudes, Jefferson veía satisfecha su ambición y conseguido su objeto; solo restaba averiguar si podría hacer lo que es aun mas difícil que elevarse, es decir, conservar el poder.

## CAPÍTULO XIV.

1638—1685.

### LOS PROGRESOS Y LA PROSPERIDAD DE LA NACION.

Algunas noticias acerca de los progresos del país.— Los Estados del Norte, y sobre todo Nueva-Inglaterra apoyan al Gobierno.— Proposición en Massachusetts.— Observación de Jefferson.— Límites.— Matias Lycin en Vermont.— Empresa en los Estados del Norte.— La literatura del día.— Noah Webster.— La reserva de Connecticut.— Abolición de la esclavitud de Nueva-York.— Arreglo de cuentas con el Gobierno federal.— Las Cartas familiares de Sullivan.— Georgia y su nueva Constitución.— Opiniones de Jefferson en 1811, acerca de las resoluciones de Kentucky y Virginia.— Carta á Destutt Tracy.— Los Carolinos del Sur segun José Allston.— Su carta á la hija de Burr.— El comercio de algodón.— Maravilloso progreso de los Estados Occidentales.— Nueva Constitución de Kentucky.— Enrique Clay en la convención.— Sus actos.— El territorio de los Estados- Unidos y Chatahoochee.— Los españoles evacuan el distrito de los Natchez.— El territorio de Mississippi.— Su Gobierno.— Su rápido progreso.— La region Norte Occidental.— Ocupación de los habitantes.— Formación del censo.— Cambio en el Gobierno.— Se organiza el territorio de Indiana.— Tratados con los Cherokeees y los Creeks.— Louisiana y sus relaciones con los Estados- Unidos.— Discurso de Enrique Clay en Lexington.— Carta de Jefferson al hijo del coronel Nicolás.— Apéndice al capítulo XIV.— Cuadros estadísticos.

Al continuar la historia de los Estados- Unidos, nuestra atención se ha fijado necesariamente en aquellos asuntos que se relacionan con el progreso y prosperidad de la Union, considerada como un todo, y no hemos podido hacer mas que hablar incidentalmente de la situación interior de los diversos Estados. Llegados no obstante á este punto de nuestra historia, parécenos oportuno consagrar un capítulo á dar ciertas noticias sobre todo cuanto se haya omitido, á fin de que el lector pueda formarse idea de la situación de los asuntos, tanto de los Estados del Occidente como en los del Norte y del Sur. Como nuestra historia general se refiere á la Union misma, no es nuestro ánimo dar cuenta detallada de los cambios políticos en todos los Estados; pero si haremos un bosquejo acerca de los progresos de aquellos,

consiguiendo así el objeto que nos hemos propuesto.

La cuestión del armamento nacional para resistir los ataques de Francia, fué la que provocó mas acalorados debates, no solo en las legislaturas de los Estados, sino también en todos los círculos sociales de la Union. Ya hemos hablado antes, aunque ligeramente, de esto, y daremos aquí algunos detalles mas.

En los Estados del Norte, la acción de la política del Gobierno, no produjo los mismos efectos que en los del Sur y Oeste, pues vemos claramente que en los segundos ejerció el comercio su influencia civilizadora, mientras la agricultura ocupaba con preferencia la atención de los Estados que se encuentran mas abajo del Delaware. La opinión pública se mostraba contraria á la política del Presi-